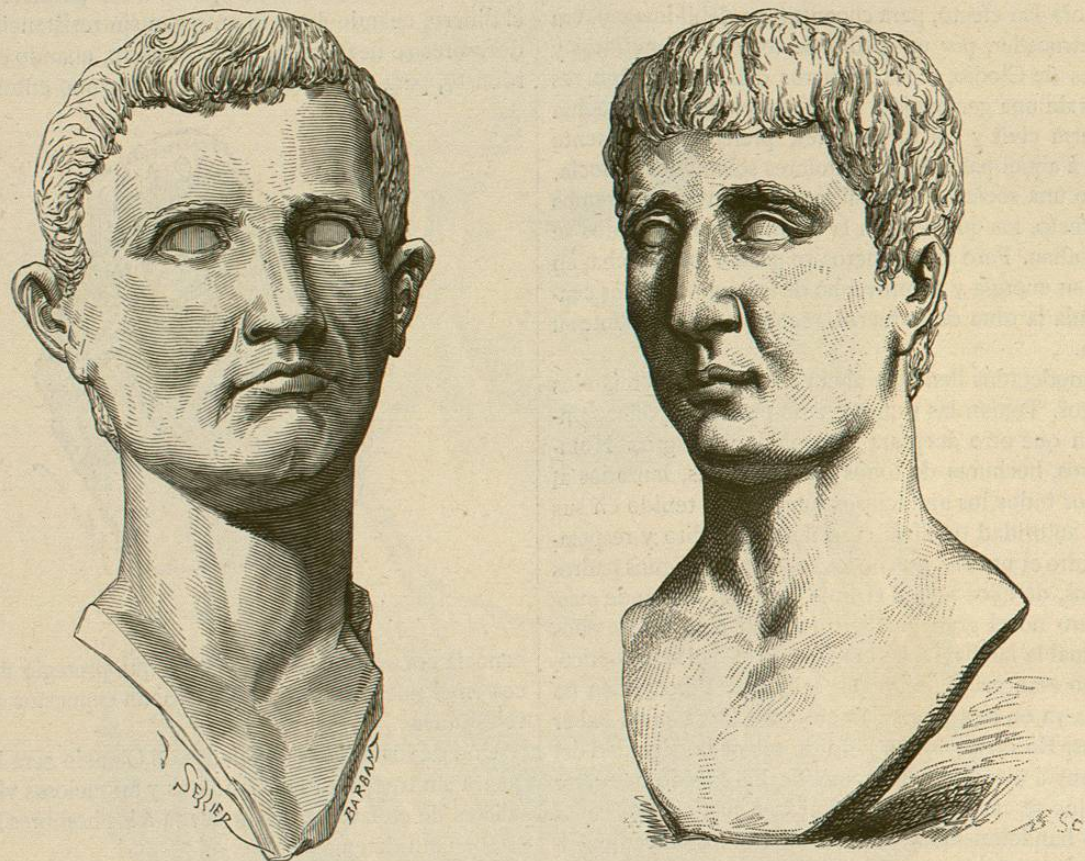


mendigos. Será preciso que Augusto preste ó dé á todos, y en efecto, perderá adrede en el juego para dar una gratificación necesaria á los que no saben aún tender la mano. De una sola vez completará el censo senatorial con ochenta senadores, que no tienen los 800,000 sestericios requeridos por la ley. Hoy dimite un edil por ser demasiado pobre; mañana verá el emperador cómo muchos caballeros se confunden con la multitud en los juegos sin atreverse á ocupar sus sitios de honor temiendo que los avergüencen los acreedores. ¡Singular espectáculo el de este hombre que todavía paga porque se acepten los honores que da! Paga por tener un senado,



Tiberio joven y su hermano Druso (2)

reservaban, será preciso dar estas dignidades á los miembros del orden ecuestre. Mecenas, L. Proculeyo, su cuñado, Salustio, otro amigo de Augusto y sobrino del historiador, permanecerán de simples caballeros (3); Horacio, tribuno legionario á los veinte años, no será nunca más que oficial del tesoro y escribirá su última epístola para preciar de no haber tenido ambición.

El reposo y el placer, aquella vida muelle, elegante, dulcemente ocupada en cosas pequeñas, que tan bien cantaba el poeta de Tibur; nada de tribuna, de luchas ardientes, de palabras que eran puñales; la paz, el silencio; que uno solo

(1) Suetonio, *Octav.* 40. Véase en Séneca (*de Benef.* III, 27) una anécdota sobre aquel senador Rufo, tan vil y codicioso. Considerando la miseria que causa una crisis en nuestras sociedades modernas, se comprenderá la que veinte años de guerras civiles debían causar en las antiguas sociedades, que tenían tan poco capital y en que este escaso capital se consumía en poco tiempo. En la antigüedad el hombre no se había apropiado todavía otro agente natural que el suelo. En economía rural, había hecho grandes progresos en domesticar animales y aclimatar plantas, pero no tenía más herramientas que sus brazos y poseía pocas máquinas; de manera que tenía un trabajo inmenso y pocos productos. Esto era lo que legitimaba la esclavitud á los ojos de los hombres más graves. Mientras la paz duraba, ó no había que subvenir sino á las necesidades de la guerra exterior, bastaba el trabajo ordina-

un orden ecuestre, magistrados. Es una miseria universal; él únicamente es rico (1).

Se rehusarán los honores, porque las magistraturas continuarán siendo onerosas como en tiempo de la república y no ofrecerán ya en compensación los provechos que Verres encontraba en ellas. Se rehusarán también, porque el jefe del Estado dará el ejemplo, el tono de la moderación y del desinterés. Como él, se afectarán deseos de sustraerse al peso de los negocios públicos. «Nadie, dice Dion Casio, nadie quería entrar en el senado.» Y rehusando también los hijos de los senadores las plazas de vigintiviros, que se les

vele y obre por todos, á condición única de que las provincias, antes patrimonio de algunas familias, vengan á ser por él verdadero patrimonio del pueblo romano: tal era entonces el voto general.

Años hacía ya que Octavio lo oía y por las señales de la universal lasitud hubo de comprender que había pasado el tiempo de la violencia y llegado la hora de la moderación. Este conocimiento hizo su fuerza, porque ni los hombres más grandes llegan á serlo, si no se presentan oportunamente haciendo servir las circunstancias á sus designios. Después de haber sido el jefe de los más violentos, había venido á ser Octavio poco á poco el de los moderados.

rio, bien que haciendo un enorme consumo de hombres. Pero cuando la guerra estaba en todas partes, comenzaba por desorganizar la esclavitud; luego los esclavos desertaban, se paralizaba el trabajo, se suspendía la producción, y como aquella sociedad vivía al día, sin capital acumulado, la miseria se hacía muy luego espantosa.

(2) Bustos de bronce: el de Tiberio, encontrado en Mahón en 1759, tenía los ojos de plata (Gabinete de Francia, núm. 3121). El busto de Druso está en el museo del Louvre.

(3) Tac. *Ann.* III, 30. El año 24 no se encontraban cuestores para las provincias senatoriales, ni para el tribunado algunos años después. El año 13, se vió Augusto obligado á retener por fuerza en el senado á miembros de él, que no querían un título inútil.

Vense en el triunviro y en el emperador dos hombres y es el mismo: Octavio no era de suyo cruel, sino por su posición. Lanzado á los veinte años en medio de los más difíciles negocios, sin que nadie quisiera darle importancia, llamó la severidad á su juvenil semblante, y su mano apenas bastante fuerte para empuñar la espada, firmó sin temblar la lista de las proscripciones. Entonces fué ya preciso creer en su energía, en su poder, y dejar de tratarlo como niño.

En esta vía de sangre es difícil detenerse: Augusto, sin embargo, se detuvo en el momento en que lo habría perdido todo, si hubiera continuado: de modo que tuvo la rara suerte de bastar á dos épocas diferentes de una misma revolución. Y es que tuvo siempre á la vista la imagen de César, ensangrentado y tendido á los pies de la estatua de Pompeyo, por haber puesto muy alto el desprecio de los hombres negándose á contar con sus debilidades.

Este recuerdo había enseñado al hijo de la heroica víctima que puede muy bien tomarse impunemente la libertad pública, que es el bien de todos, porque hay tiempos en que las pasiones de los unos, la indiferencia de los otros y el temor de los más, malbaratan la preciosa herencia, pero que es prudente respetar, lo que es más caro á todos y cada uno, la vanidad y esa secreta altivez que hace sobrevivir el hombre al ciudadano.

César había tomado violentamente el poder; Octavio, á quien no sientan bien esas heroicas arrogancias, lo resignará después de haberlo conquistado, para recibirlo modestamente de las flacas manos en que fingirá depositarlo. Y desempeñará hasta el fin este papel de desinterés, escudándose con los antiguos títulos y viejas instituciones de que salió toda fuerza, pero cuya forma subsiste, innovando lo menos posible, garantizando el presente, pero sin preparar nada para el porvenir: de modo que el imperio, á ejemplo de su fundador, vivirá al día, sin inquietud por el día de mañana, en medio de perpetuas convulsiones, que no turbarán necesariamente las provincias, pero que harán del palacio un sangriento circo.

Octavio se ayudó y se ayudará aún de dos personajes cuyos nombres, por una justicia nada común, han pasado á la posteridad unidos al suyo: Mecenas y Agripa. Durante su permanencia en Apolonia hubo de ligarse con ellos, y por más que se haya dicho de su carácter suspicaz y cruel, ello es lo cierto que Octavio conservó siempre en las vicisitudes de su varia fortuna á los dos amigos de su juventud.

El primero, Mecenas, algunos años mayor que él, descendía de una ilustre familia de la Etruria. Pero ministro de un gobierno que no había de tener en cuenta los títulos nobiliarios, refúse de su propia nobleza, dejando cantar á Horacio su origen real. Su riqueza lo colocaba en el orden ecuestre, del cual no quiso nunca salir.

M. Vipsanio Agripa, al contrario, había nacido de oscura familia el mismo año que Octavio, el 63, cuando Cicerón gobernaba á Roma con discursos. Hallábase con el joven César en el momento de llegar al Epiro la funesta noticia de los idus de marzo, y fué uno de los que lo decidieron á reclamar su peligrosa herencia. Hubiérase dicho que los dioses, para terminar la lenta agonía de la república habían reunido todas las buenas cualidades de la antigua raza latina en este fundador de la monarquía: de inteligencia clara, pero sin esplendor, trabajador infatigable, de maneras rudas (1), pero francas, parco de palabras y largo de obras, tan bueno para la guerra como para los negocios de gobierno, y afortunado en todas sus empresas, porque ponía en

(1) *Vir rusticitati proprior quam deliciis* (Plin. *Hist. nat.* XXXV, 9).

ellas la inteligencia que prepara el éxito y la energía que lo asegura y logra.

Si la abnegación de tales hombres es honrosa para quien supo inspirarla, jamás hubo tampoco amistad más útil. Para dirigir una negociación difícil, para deslizar la discordia entre los adversarios ó atraer á los descontentos, para adormecer rencores y reanudar amistades, para conocer, en fin, á los hombres y saberlos manejar, nadie como Mecenas; para mandar y combatir, nadie como Agripa. Los tratados de Brindis y Tarento, los casamientos políticos de Octavio



Livia (2)

con Escrubonia, y de Antonio con Octavia, y la sorpresa de la conjuración del joven Lépido, son los servicios de Mecenas; la sumisión de las Galias, la derrota de Sexto Pompeyo y la victoria de Accio son los títulos de Agripa. Estos dos hombres hicieron la mitad de la fortuna de Augusto.

Sus servicios serán grandes aún, pero diferentes. Mecenas que ayudó tanto á su amo con su destreza en bordear los escollos durante la tormenta, una vez llegado al puerto, se sienta y reposa. Desaparece, por decirlo así, de la escena pública y permanece alejado de los honores: deja que Agripa ejerza con Augusto el consulado y la censura, que administre las rentas del Estado, que construya templos y acueductos, que abra nuevas vías militares, que recorra sin cesar el imperio y lleve á todas partes su actividad é inteligencia. Él, por su parte, se queda en Roma: hace medianos versos; oye á Horacio y á Vario; da exquisitas cenas en que embriagan los perfumes; y Augusto que se chancia de buen

(2) Estatua del Vaticano, Museo Pio-Clementino, II, 4.

grado, lo llama el hombre *al estilo* y de los cabellos untados, *μυροβρεχες*.

Sin embargo, su papel no es menos serio: en su mesa se operan las conversiones, se amansan los genios fieros, y se funden al aliento del placer las virtudes demasiado austeras. Allí se aprenden todas las alegrías de la paz, la indolencia, la voluptuosidad; allí sobre todo se olvida, y se llama insensatos á los que no olvidan. Mecenas tiene casa abierta de ingenio y de molición, y en su casa es donde al terminar alegre festín, entre una oda epicúrea de Horacio



Julia, hija de Augusto (1)

y una elegía de Propertio, abdica la libertad consolándose con algunos epigramas de Domicio Marso que el mismo anfitrión aplaude.

Después de los dos grandes ministros se ven al rededor de Octavio la fría y severa figura de Antistio Labeón, republicano inflexible y, sin embargo, innovador en la ciencia del derecho; Ateyo Capitón, menos altivo, y como él jefe de escuela; Valerio Mesala Corvino, conlega de Octavio en el consulado; Estatilio Tauro, hombre nuevo como Agripa, y también hombre de mérito, que iba á dotar á la ciudad del primer anfiteatro de piedra, como para decir á los romanos que su nuevo amo no quería que hubiera tregua en los placeres; Salustio, el hijo adoptivo del historiador; y Cocceyo, y Delio, «y los demás amigos de primera entrada,» todos ellos reclutados en el campo enemigo, conquistados por la clemencia.

Mesala Corvino, proscrito por los triunviros como cómplice del asesinato de César, había tomado en la primera jornada de Filipos el campamento de Octavio y hecho sufrir al joven triunviro aquella derrota que le valió tantos

(1) Estatua de la villa ó quinta Panfilii (Clarac, *Museo de escultura*, p. 978 c., núm. 2343). El Louvre posee también una estatua de Julia, pero su cabeza es moderna.

sarcasmos. Octavio no olvidó nunca á quien tan bien lo batió. Cuando Mesala, salvado después de Filipos por Antonio, abandonó á este insensato jefe, Octavio lo colmó de honores, le confió los más importantes negocios y hasta le permitió alabar en su presencia las virtudes de «su querido Bruto.» Era uno de esos hombres completos que producen las épocas agitadas: grande orador, á juicio de Quintiliano; elogiado por Séneca como uno de los escritores más puros; excelente general, buen administrador y mejor ciudadano, porque defendió la república sin violencia y el poder sin servilismo.

Otro senador, L. Sestio, conservaba piadosamente la imagen y el recuerdo del tiranicida, lo que no será parte á impedirle que llegue al consulado. Octavio que quería aparecer como continuador de la república honrando todas sus glorias, se guardaba muy bien de prohibir este respeto inofensivo para con el último republicano.

Tito Livio, el elocuente historiador de los altos hechos de la aristocracia romana y de los buenos tiempos de la libertad, se desquitará con un sobrenombre. Hasta un hijo de libertos podía recordar impunemente al antiguo triunviro que había combatido contra él; verdad es que el poeta se apresuraba á añadir que había sido también uno de los primeros que huyeron:

... *Relicta non bene parmula.*

Pero Octavio no había impuesto á Horacio esta confesión sin honor. En Milán respetó una estatua de Bruto; llamó á Cicerón, de cuya muerte fué cómplice, buen ciudadano y procuró borrar sus remordimientos nombrando cónsul y augur al hijo de la ilustre víctima, bien que éste tuviera por principal mérito disputar á Torcuato *Tricongio* la reputación del mayor bebedor de Roma.

La poesía, en otro tiempo hostile con Cátulo, desarmaba como la política. Si Tibulo, á quien la guerra había espantado muy pronto, mordía aún á Octavio, él no cantaba ya más que el amor, á ejemplo de Propertio, y Tito Livio, Virgilio, Horacio, gloriosos representantes de la historia, de la epopeya, de la poesía lírica, servían los designios del fundador del imperio celebrando la grandeza de Roma ó los destinos prometidos á los descendientes de Yulo.

Al lado del vencedor de Accio encuentro todavía un antiguo amigo y servidor de César, Asinio Polión, el protector de Virgilio, y á pesar de los elocuentes consejos de Horacio, el historiador de las guerras civiles. En otro tiempo hubo de jurar á Cicerón combatir por la libertad hasta la muerte; pero convencido de que aquella libertad no era posible, había aceptado un amo, mas sin apresuramiento ni hajeza, y contra el despotismo se refugió en el culto de las letras y en la independencia del espíritu. Augusto, si no amaba, tenía en estimación á este grave personaje.

Munacio Planco había atravesado menos honrosamente tiempos tan difíciles. Teniente de César y luego amigo de los asesinos, se pasó á los triunviros á los cuales entregó su propio hermano. Bufón de Antonio en Alejandría, lo llamó en Lion infame bandido y aun pasó á Roma á acusarlo ante el pueblo. En él se reunían todas las perfidias y traiciones; pero un hombre tan resueltamente consagrado al más fuerte, con escuela abierta de adulación (2), era demasiado útil para no ser empleado. Octavio, que no tenía en mucho á Polión, colmará de honores á Planco para mostrar á todos cuál es ahora el camino de la fortuna. El cantor de Tibur lo llama y tiene por un sabio; pero esta

(2) Véase en Séneca (*Quaest. natur. lib. IV in prof.*) su teoría de la lisonja, cuyas reglas da. Era el programa de las nuevas costumbres públicas.

abiduría de Horacio es aquella que se espantaba al solo nombre del rudo é indomable Catón: *atrocem animum Catonis*.

Insisto sobre estos dos personajes, porque son los representantes de las dos fracciones del senado y de la nobleza: la primera resignada, y sin embargo altiva aún, pero poco numerosa; la segunda, que crecerá diariamente, acercándose á Octavio para llegar por él á las dignidades y á los honores prometidos al servilismo.

Al lado de estos hombres hay que hacer sitio á una mujer, la primera que en el mundo romano haya hecho sentir su influencia en los negocios públicos: esta mujer es Livia. El ascendiente que ejercía sobre su marido era discreto y legítimo, y Augusto tendrá ocasiones de probar la seguridad de su juicio y la excelencia de sus consejos. Imperiosa y severa con sus hijos y nueras, no sino dulce y complaciente será para su esposo, y el emperador podrá presentar como ejemplar modelo á las matronas el porte siempre digno, la castidad severa siempre de la que en su palacio continuaba la tradición de Tanaquil la hilandera (1). Livia era además muy hermosa. «Es, dice Ovidio, Venus por la belleza, Juno por las costumbres.» Sus bustos no desmienten los elogios del poeta, elogios que Tácito repite.

Había tenido de Claudio Nerón, su primer marido, dos hijos, Tiberio y Druso, pero no le dió ninguno al emperador. Si Julia, hija de Augusto y Escribonia, había de escandalizar á Roma con sus desórdenes, la encantadora Antonia, la amante y siempre amada esposa de Druso, su madre Octavia, cuya reputación no manchó nunca la más ligera sospecha, y la nieta de Octavio, aquella noble Agripina, á quien por sus virtudes honró todo el imperio, harán revivir en la casa imperial las antiguas costumbres sabinas.

Acabamos de examinar detenidamente todas y cada una de las ruedas de que se componía la inmensa máquina, como llamaba Montaigne á la Roma imperial: resumamos ahora este largo estudio en algunas proposiciones generales, de que haremos otras tantas preguntas á las que deberá contestar el imperio; problemas que estará obligado á resolver, porque se los ha legado la república.

Desde el Eufrates á la Mancha y desde los Alpes hasta el Atlas, hemos encontrado una autoridad soberana, la del pueblo romano, y bajo esta unidad exterior, una infinita variedad de leyes, de costumbres, de religiones y de franquicias locales. El imperio romano está hecho; pero no hay todavía nación romana. ¿Sabrán los emperadores hacerla?

En todos estos países, salvo algunos puntos, la república ha destruído los gobiernos indígenas, y por consiguiente el imperio tendrá que administrarlos por ellos. ¿Hará el imperio bien la policía, garantizará con institucio-

(1) Suetonio, *Octav. 71, 84*; Dion, *LVIII, 2*; Séneca, *de Clem. I, 9*. Calígula llamaba á Livia Ulises vestido de mujer, *Ulysses stolatum* (Suet. *Calig. 23*); mas para Séneca (*Consol. ad Marc. 4*) era *feminam opinionis suae custodem diligentissimam*. Macrobio la presenta (*Saturm. II, 5*) siempre rodeada de graves personajes, y Tácito dice (*Ann. V, 1*): *Sanctitate domus priscum ad morem, comis ultra quam antiquis feminis probatum, mater impotens, uxor facilis*. Augusto no usaba más vestidos que los que habían tejido su esposa y su hija (Suetonio, *Octav. 74*). Ovidio dice (*Pont. III, 1, 117*):

*Quae Veneris formam, mores Junonis habendo...*

Pudiéramos dudar muy bien de la sinceridad del poeta; pero Octavio la tomó de Nerón, dice Tácito, *cupidine formae* (*Ann. V, 1*).

nes convenientes la *Paz Romana* que los pueblos anhelan?

Al rededor de esta dominación hemos visto pueblos bárbaros, algunos bravos y turbulentos, pero divididos, otros corrompidos y débiles, que no ofrecen hasta el presente ningún peligro serio. Sin embargo, puesto que los romanos han destruído las fuerzas militares de sus súbditos, están obligados á defender á los que han desarmado, los cuales pagan su defensa y seguridad. Para esta defensa ó protección necesaria les será preciso recurrir á una novedad peligrosa y temible, á la creación de un ejército permanente.

Ahora bien, ¿tendrá este ejército imperial el espíritu de disciplina y de abnegación que ha menester para responder á sus fines, el amor al país y el respeto debido á la ley civil?



Agripina la mayor

El derecho de mandar implica también naturalmente otros deberes.

Roma ocupa toda la parte civilizada del antiguo mundo y dispone de las fuerzas que dan la inteligencia, la organización social y la riqueza.

Ahora bien, la nueva Roma ¿hará uso de estas fuerzas para aumentar, como conviene, la actividad del foco en que se ha encendido la antorcha que alumbraba ya al mundo, para hacer su calor más dulce y suave y su luz más brillante y vívida; en una palabra para conservar, fomentar y purificar la civilización antigua, cuyo depósito se encuentra en sus manos?

Finalmente, la historia del último siglo de la república ha probado la necesidad del imperio, y esta necesidad generalmente sentida es la disculpa, la justificación del hijo adoptivo de César.

Ahora bien, ¿será Octavio capaz de organizarlo?

He aquí lo que esperamos de Augusto para decir si mereció ó no su fortuna.